

¿Habrá una guerra en Taiwán?

Via [China Worker](#)

En abril, la revista The Economist incluyó a Taiwán en su portada como «el lugar más peligroso del mundo». El titular provocó un acalorado debate. ¿Cómo se podía poner a Taiwán junto a Corea del Norte, Afganistán o Gaza? Pero en los últimos años, y especialmente en los meses transcurridos desde que la administración de Joe Biden asumió el cargo, dando prioridad al Indo-Pacífico y a la lucha estratégica con China, las tensiones a través del Estrecho de Taiwán han aumentado hasta un nivel sin precedentes.

En el conflicto del siglo XXI entre el imperialismo estadounidense y el chino, Taiwán es fundamental por razones económicas, políticas y geoestratégicas. Para el Estado del PCCh (la mal llamada dictadura no comunista de China), Taiwán es un potente símbolo nacionalista, sin cuya adquisición el «gran rejuvenecimiento nacional» de China seguirá sin cumplirse. Pero esta importancia simbólica no explica por sí sola la política del PCCh respecto a Taiwán.

Las líneas rojas de China

El régimen del PCCh no puede permitir que Taiwán se «separe» formalmente y se anexe al bando occidental liderado por Estados Unidos en el conflicto de la Guerra Fría que se está desarrollando. Por lo tanto, una declaración formal de independencia por parte de Taiwán, un impulso para ello por parte de EEUU y otras grandes potencias, o el estacionamiento de fuerzas militares estadounidenses en la isla, son todas «líneas rojas» que, de ser violadas, representarían una derrota histórica para el régimen chino y amenazarían con poner fin a su gobierno. Por ello, Pekín no sólo está subiendo la retórica de los guerreros lobo, sino que también está aumentando su actividad aérea y naval en torno a Taiwán (un

récord de 380 incursiones de la Fuerza Aérea del Ejército Popular de Liberación (PLA) en el espacio aéreo de Taiwán en 2020, y un nuevo aumento este año). Paralelamente, se está produciendo una escalada por ambas partes en las aguas en disputa del Mar de China Meridional, que está estrechamente relacionada con el conflicto de Taiwán. Las acciones de Pekín son para advertir a Taipei y a Washington que no desafíen sus «líneas rojas», además de proporcionar música de fondo nacionalista para las luchas de poder internas de Xi Jinping, con el fin de cimentar su dominio vitalicio sobre el Estado del PCCh.

Para la parte estadounidense, se aplica lo contrario: Si China se «reunifica» con Taiwán, llevándolo firmemente a su campo bajo el control del EPL, esto sería una derrota histórica para el imperialismo estadounidense. Militarmente, el control de Taiwán permitiría a China dominar Asia Oriental y el Pacífico Occidental. EE.UU. quedaría decisivamente debilitado, sus alianzas estratégicas con potencias regionales como Japón, Corea del Sur, India y Australia comenzarían a deshacerse. La credibilidad estadounidense como principal superpotencia en Asia (desde 1945) sufriría un golpe irreversible.

Paralelismos con Suez

Los comentaristas han establecido paralelismos con la crisis de Suez de 1956, cuando Egipto derrotó el intento de Gran Bretaña, Francia e Israel de hacerse con el control del Canal de Suez tras su nacionalización por el presidente radical panarabista Gamal Abdel Nasser. Suez marcó el fin del imperialismo británico y europeo como potencias mundiales. Estados Unidos se mantuvo al margen del fiasco de Suez, permitiendo que sus aliados fueran humillados. Si Estados Unidos fracasara, o se negara, a impedir la toma de Taiwán por parte del Ejército Popular de Liberación (EPL), esto marcaría un punto de inflexión histórico: El «momento Suez» de Estados Unidos. Pero tal resultado en las condiciones actuales sería peor para el capitalismo occidental. Como explicaba The

Economist citando a Matt Pottinger, jefe de la política asiática de Trump, cuando Gran Bretaña tropezó en Suez, Estados Unidos ya había ocupado su lugar como líder del mundo occidental. Hoy, «no hay otros Estados Unidos esperando en las alas».

Está claro que ninguna de las principales potencias implicadas en la actual Guerra Fría ve la «cuestión de Taiwán» desde el punto de vista del bienestar, la seguridad o los derechos democráticos de su pueblo. Los 23 millones de taiwaneses tienen la desgracia de haberse convertido en una pieza de ajedrez vital en la contienda sobre quién ejercerá el poder y el control definitivo en la región del Indo-Pacífico. En Taiwán, sólo se está comprendiendo poco a poco todo el significado de esta alineación geopolítica de fuerzas. La conciencia de las masas se complica por el papel de los líderes burgueses del nacionalismo taiwanés (los pan-verdes gobernantes) que aprovechan la hostilidad profundamente arraigada contra la dictadura del PCC para promover una agenda pro-estadounidense y ganar votos.

Entre las bases del nacionalismo taiwanés, especialmente la generación más joven, que apoya mayoritariamente la independencia y la ve como una garantía de los derechos democráticos, existe la sensación de que la cuestión puede decidirse dentro de la propia Taiwán, o a través de la diplomacia y la alianza con Estados Unidos. Esto a pesar del historial de Estados Unidos de respaldar al 75% de las dictaduras del mundo y de traicionar innumerables promesas de apoyo (a los kurdos, a las mujeres de Afganistán, a la guerrilla tibetana Khampa) cuando los intereses geopolíticos de Washington cambiaron. Para el imperialismo estadounidense, como demostró su apoyo al régimen de Chiang Kai-shek, no habría ningún reparo moral en apoyar a una dictadura para que gobernara Taiwán en el futuro, siempre que fuera «una de las nuestras».

Como principio general, la idea de que Taiwán -su pueblo- debe

decidir el futuro de la isla es, por supuesto, muy razonable. Pero esto no ocurrirá sobre la base del capitalismo y el imperialismo. El destino de Taiwán, por desgracia, será decidido por Pekín y Washington, por su lucha para «ganar el siglo XXI», que se libra sobre las cabezas del pueblo taiwanés. Sólo el éxito de la revolución socialista internacional para acabar con el capitalismo y el imperialismo puede dar a las masas de Taiwán y de otros países el control sobre su propio futuro.

«Ambigüedad estratégica»

Tanto el capitalismo estadounidense como el chino quieren controlar la pieza de ajedrez de Taiwán. Más correctamente, deben evitar a toda costa que el otro bando se haga con el control. Por esta razón, un estancamiento geoestratégico ha sido aceptable para ambas partes hasta ahora. Este es el origen de la «política de una sola China», que EE.UU. sigue manteniendo formalmente, en virtud de la cual Taiwán no es reconocido como un estado independiente. La adhesión a la «política de una sola China», de acuerdo con los protocolos diplomáticos acordados hace 50 años por el presidente estadounidense Richard Nixon y el líder chino Mao Tse Tung, fue el precio que el imperialismo estadounidense estaba dispuesto a pagar para reclutar a China a su lado en la Guerra Fría original contra la URSS. Como parte de ese cambio en las relaciones mundiales, Taiwán fue expulsado sin contemplaciones de las Naciones Unidas en 1971.

La política estadounidense de «ambigüedad estratégica» hacia Taiwán se originó en la misma época. Estados Unidos se compromete a «proteger» (vender armas) a Taiwán, pero no dice explícitamente que acudirá en defensa de la isla en caso de un ataque chino. Hoy la situación es muy diferente. Ambas partes han aumentado masivamente las tensiones sobre Taiwán, especialmente desde que Biden llegó al poder. En comparación con las políticas erráticas de Trump, Biden está llevando a cabo una estrategia más coordinada, planificada y -al menos

hasta ahora- diplomáticamente sofisticada para apretar a China (alianzas internacionales y «América vuelve a la mesa»). En respuesta, el régimen de Xi ha intensificado su política exterior nacionalista y la represión interna.

Estados Unidos teme que la creciente capacidad militar de China le permita finalmente apoderarse por la fuerza de Taiwán. La armada china es ahora mayor que la estadounidense (360 buques frente a 297). China tendría la ventaja de luchar mucho más cerca de casa. En los círculos militares y de política exterior de Estados Unidos se está produciendo un intenso debate sobre si debe abandonarse ahora la «ambigüedad estratégica» en favor de una garantía explícita de Estados Unidos para intervenir militarmente del lado de Taiwán. Las voces contrarias advierten que esto podría ser la chispa que impulsara al régimen de Xi a lanzar una invasión.

En lugar de desechar la «ambigüedad estratégica», Biden y su grupo de aliados estadounidenses “recién nacidos” han cambiado el mensaje, para sugerir un cambio de postura siempre leve como advertencia a Xi. En la cumbre del G7 celebrada en junio en Inglaterra, y cuando el primer ministro japonés Yoshihide Suga se reunió con Biden dos meses antes, los comunicados oficiales mencionaron la «importancia de la paz y la estabilidad a través del estrecho de Taiwán». Nunca antes se había mencionado a Taiwán en los foros de los líderes occidentales. Esto fue visto como una provocación por parte de Pekín, que era la intención. Más recientemente, el viceprimer ministro japonés advirtió que un ataque chino a Taiwán supondría una «amenaza existencial» para Japón, dando a entender claramente que el país iría a la guerra para defender a Taiwán. Los políticos australianos, incluido el ministro de Defensa Peter Dutton, han hecho advertencias similares en los últimos meses.

En julio, el coordinador de Biden para el Indo-Pacífico, Kurt Campbell, pronunció un discurso ampliamente difundido en el que reiteraba la línea de Estados Unidos: «no apoyamos la

independencia de Taiwán». Esto, por supuesto, no es nada nuevo, ha sido la política de Estados Unidos desde Nixon-Mao. Pero la parte más importante del discurso de Campbell fue una advertencia al régimen chino de que un ataque a Taiwán sería «catastrófico». Campbell dijo que había «una clara sensación» de que el PCCh está evaluando silenciosamente la respuesta global a la represión en Hong Kong para calibrar cómo podría reaccionar el mundo si intentara un movimiento similar contra Taiwán.

El discurso de Campbell reconoció implícitamente que Estados Unidos es impotente para detener el estrangulamiento político de Hong Kong, pero advirtió al PCC que no debe esperar una latitud similar en el caso de Taiwán. Se está desarrollando una dinámica de carrera de gallinas en la que ambas partes recurren a comportamientos más extremos para disuadir a la otra. Pero como ninguna de ellas puede permitirse el lujo de perder la cara, esto no hace más que alimentar una nueva escalada.

¿Atacará Xi Jinping?

Entonces, ¿cuál es el peligro de un ataque del PCC a Taiwán? Aunque la retórica se ha endurecido significativamente (la palabra «pacífica» se ha eliminado oficialmente del mantra de «reunificación» del PCC), Xi Jinping no se arriesgaría a una guerra a menos que esté completamente seguro de que ganaría. Militarmente y geográficamente se necesitaría una fuerza masiva para invadir Taiwán debido a su costa rocosa y a sus imprevisibles patrones climáticos. Para un régimen dictatorial especialmente, no hay mayor momento de peligro que la guerra (aparte de la revolución), y las repercusiones de la derrota, como muestran los ejemplos de Rusia 1904-5, Argentina 1982 y muchos otros. Una debacle militar, verse obligado a abortar una invasión, sufrir grandes pérdidas – estas cosas podrían desencadenar una crisis gubernamental, probablemente la caída de Xi Jinping, y posiblemente el colapso del régimen del PCCh.

La otra cuestión crucial es cómo gobernaría el PCC en Taiwán. Dada la abrumadora oposición de las masas de Taiwán a la unificación y al PCC, esto requeriría una enorme ocupación militar y un estado policial. Incluso si esto tuviera éxito, supondría un peligro de extralimitación imperial para Pekín, ya que los fracasos y la resistencia de las masas en Taiwán crearían un bucle de retroalimentación que propagaría la inestabilidad y el malestar en China. El acuerdo de «un país, dos sistemas» ofrecido a Taiwán durante muchos años, con Hong Kong como posible modelo, tenía cierta lógica. Se preveía que Pekín gobernara Taiwán a través de un Kuomintang favorable al PCC o una administración «compradora» similar, no muy diferente a los primeros años de la entrega de Hong Kong tras 1997. Pero esta opción, que nunca fue muy probable, ha sido destruida por el sangriento sometimiento de Hong Kong por parte de Xi Jinping. «Un país, dos sistemas» despierta la repulsa de las masas en Taiwán. Incluso el Kuomintang se ha pronunciado en contra.

Crisis revolucionaria

De este modo, la estrategia de línea dura de Xi Jinping hacia Hong Kong ha acorralado a su régimen respecto a Taiwán. Por supuesto, el PCCh no puede abandonar el objetivo de la «reunificación», pero ahora sólo puede lograrse de forma realista mediante la guerra. Como parte de su movilización de la Guerra Fría, el ejército estadounidense ha emitido numerosas advertencias de que Pekín podría lanzar una invasión de Taiwán en seis años, «o más cerca de lo que la mayoría de la gente piensa», como declaró a principios de este año el almirante John Aquilino, comandante del Mando Indo-Pacífico de Estados Unidos.

En este momento, estas predicciones parecen exageradas. Pero podrían surgir otros escenarios si el actual equilibrio de poder se desplaza decisivamente en una u otra dirección. Por ejemplo, en caso de una crisis aguda en China, una crisis revolucionaria, Xi Jinping o su sucesor podrían entrar en

pánico y lanzar un ataque militar como distracción política – un caso de «Wag the Dog» con características chinas. Por otro lado, una futura crisis política profunda o un colapso económico en Estados Unidos podría forzar una retirada del poder militar estadounidense del Indo-Pacífico, creando un vacío de poder que, basándose en la constelación de fuerzas actual, sólo China estaría preparada para ocupar. En este escenario, Taiwán y su débil e inestable democracia burguesa podrían enfrentarse a un resultado checoslovaco: ser «intercambiados» como parte de un acuerdo imperialista más amplio.

De nuevo, estas variantes de perspectivas muestran que el destino de Taiwán no se decidirá principalmente por su propia dinámica interna. El movimiento obrero y los jóvenes que desean cada vez más la independencia deben comprender que sus luchas deben vincularse urgentemente con los trabajadores y los jóvenes de China, Estados Unidos y el resto del mundo. Algunos en la izquierda y muchos en el entorno nacionalista radical no logran hacer esta conexión y tienden a ver las relaciones mundiales, China, la Guerra Fría entre EEUU y China, como interesantes desarrollos externos sin gran relevancia para la política taiwanesa. Pero, sobre una base capitalista, es poco probable que Taiwán logre alguna vez la independencia, a pesar de los claros deseos de la mayoría de su pueblo.

Kurt Campbell acaba de recordar que la independencia de Taiwán no cuenta con la oposición de una, sino de las dos superpotencias imperialistas. El destino de Taiwán bajo el capitalismo es ser un prisionero de la Guerra Fría imperialista: sin Estado, altamente militarizado y bajo la sombra de una posible guerra «caliente». Los socialistas luchan por ganar el movimiento obrero a un programa socialista para tomar el poder y abolir el capitalismo de Taiwán, defendiendo plenamente el derecho a la autodeterminación del pueblo de Taiwán, como parte de una lucha más amplia contra el

capitalismo y el imperialismo en toda Asia y a nivel mundial.